

editorial

Definir el núcleo de la arquitectura como todo aquello relacionado con la configuración de los espacios, implica dejar de lado al edificio materializado como objeto último de la arquitectura. Para argumentar esto, podemos una vez más volver sobre la caverna y la cabaña primitiva.

Mientras La caverna existe como espacio arquitectónico luego de que su uso, como acto performático, le da sentido espacial a un lugar ya dado, la cabaña primitiva está supeditada a la construcción con la que se materializa ese espacio arquitectónico.

La relación performática con el espacio que se desarrolla al habitar la caverna, agrega una dimensión al proyecto que no depende de la construcción para materializarse. El objeto edilicio es algo ya dado a diferencia de la cabaña primitiva donde la edificación del objeto es imprescindible para constituir el espacio.

Sin embargo, cuando la acción de performar o construir se debe transferir a un tercero es cuando aparece el proyecto de arquitectura como tal en su completitud y complejidad. Es en ese momento cuando el proyecto, desde su condición prospectiva, necesita incorporar medios de representación para comunicar, organizar y gestionar una concreción, que no materializará el proyectista.

Es en la latencia del futuro, anticipado y organizado en el proyecto, donde se encuentra el objeto de la arquitectura, todo lo que viene después, tanto la acción de performar como construir, aunque inherente, ya no es tarea de la arquitectura.

Los edificios construidos, obras etc. son más bien constataciones de las premisas que constituyen el proyecto, leerlas de esta manera ayuda a no ver las obras como el objeto de la arquitectura.